

nes quedaban impresionadas en su favor; con todas ellas bailaba, sin inspirar celos á nadie.

Diversas familias se repartían por turno los días de las Posadas y como era natural, establecíase entre ellas la competencia, tanto en lo concerniente al mejor arreglo de la fiesta, como á la calidad de los objetos y de la colación que con ellos se regalaba.

En algunas casas comenzaban las Posadas *caseritas*, y éstas eran las más peligrosas por cuanto á que las familias invitadas, en las primeras noches, se encontraban en un abrir y cerrar de ojos, con el *compromiso* encima. ¿Cómo decían las niñas al papá ó la mujer al marido, hemos de hacernos desentendidas con esa familia tan distinguida, que nos ha hecho la honra de invitarnos á sus Posadas? ¿Qué dirán de nosotras? Es preciso, querido papá ó esposo mío, que tomemos una noche.

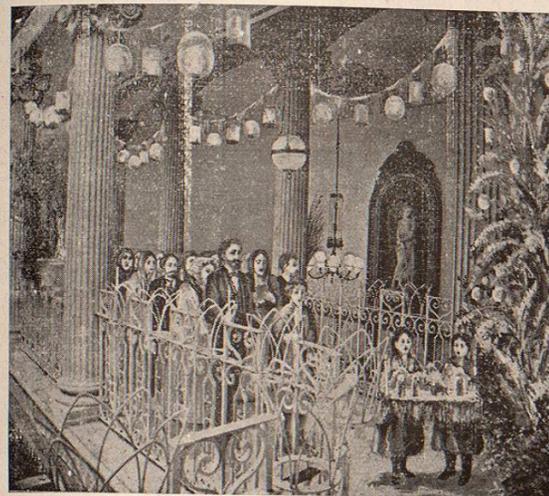
De todo esto resultaba que las Posadas según se ha dicho, no tenían, al principio, otro objeto que el de divertir á los niños de la casa se convertían, en lujosas. El papá accedía, sin gran dificultad, á los ruegos de sus hijas, estuviere ó no en fondos, porque en el primer caso tomaba de su caja el dinero de que necesitaba para sus compras de juguetes y rica colación en la Dulcería de Devers, y en el segundo, hacía llamar cargadores á fin de que condujeren espejos muebles ó algunas joyas al Monte de Piedad ó á la casa de préstamos del inclito Bustillos, y ya provisto de fondos, en virtud de tan expedito recurso, zanjaba todas las dificultades que pudieran oponerse á la realización de las suntuosas tertulias.

Por tanto, los ricos que en la tierra son los relativamente felices, no tenían dificultades como se ha expresado, para el conveniente arreglo de sus Posadas, pues poseían fondos de sobra y dependientes que entregaban éstos sin dilación, criados que convertían en jardines venecianos los patios y adornaban escaleras y corredores, y *picos largos* que ayudaban en todo. Estas posadas, por su lujo eran de primera clase, pero por sus tendencias, según la clasificación establecida al principio de este artículo, podían considerarse de tercera, es decir, de aquellas en que impera la diversión. En la clase social de que se trata, por regla general, no tenían las posadas el verdadero carácter que las distingue, pues tales actos se

reducían á saraos, más ó menos espléndidos, con uno que otro rasgo de las fiestas de Navidad. En muchas casas ricas dábese á las Posadas el carácter de las de 1ª y 3ª clase pero separadas en virtud de un límite que aplaudo. A las ocho se efectuaba la Posada, casi en familia, dominando la devoción, y á las nueve, ya terminada aquélla, llegaban los convidados para la tertulia. Tal vez esta circunstancia no reconocía por causa un plan meditado, sino la necesidad en que se hallaba la familia de violentar el acto de la jornada, en favor de los niños que no podían desvelarse y, por tanto, esperar á los invitados que, por regla general y de alta etiqueta establecida, acudían siempre tarde á sus reuniones.

El carácter de las Posadas que podemos llamar nacional, conservábase en la clase media, tanto en las jornadas de primera clase como en las de segunda. Al concurrir á una Posada, lo primero que se advertía al entrar en una casa eran los bosquecillos improvisados con ramas de fragante pino que esparcían en el recinto de aquella el delicioso aroma de los bosques. Miles de farolillos de papel de diferentes colores, ya encendidos, que juntamente con el heno colgaban de esas ramas y de las traviesas horizontales de los corredores, puertas y ventanas, difundían por todas parte su apacible claridad, en tanto que las habitaciones, particularmente la sala, se hallaban inundadas de luz por millares de bujías que ardían en los candelabros y arañas de cristal. Llegaban los invitados sucesivamente y conforme á la costumbre por el buen uso establecido, arrodillábanse los concurrentes y se persignaban, los cantores entonaban un himno, y daba principio la letanía de la Virgen, cantada por todos, organizados en procesión. Por delante iba el ejército de niños provistos de velitas de sebo ó de cera encendidas, con las que chorreaban de lo lindo los suelos de los corredores y las alfombras de las piezas, luego seguían los jóvenes, varones y hembras, quienes también solían dejar escapar las chorreaduras de las velas, embebecidos como iban en sus dulces y nada místicos coloquios; las personas ya de edad, que son las que inmediatamente seguían distraían poco ó nada su atención del acto de piedad y, por consiguiente, poco ó nada manchaban las alfombras; tras de ellos iban los

niños que en hombros llevan las andas de los Santos Peregrinos, con el ángel y la consabida é indispensable mulita, los que parecían caminar sobre un lecho de lama y bajo arcos formados de papel picado y brichos de plata, para caracterizar el tiempo de la escarcha. De-

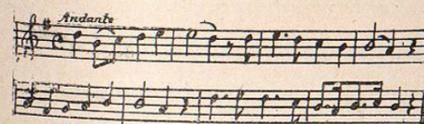


POSADAS EN CASA PARTICULAR.

trás de las andas marchaban los músicos, tocadores de guitarras, bandolones y flauta y cerraban la procesión todos los de la servidumbre, quienes no dejaban de representar escenas similares á las del segundo grupo. Muchas veces los niños portadores de las andas abrían la procesión, conduciéndolas á brazo si eran de poco peso.

Terminada la letanía, durante la cual no habían dejado de echarse al aire cohetes tronadores, hacía alto la procesión y procedíase á pedir la Posada, para cuyo acto las cantantes, generalmente jóvenes apuestas, se dividían en dos grupos, quedando uno dentro de la pieza elegida y otro fuera con las andas y con la mayor parte de la concurrencia.

Cantaban las de afuera:



De larga jornada
Rendidos llegamos,
Y así lo imploramos
Para descansar.

Y las de dentro con el mismo canto, respondían:

¿Quién á nuestras puertas
En noche inclemente
Se acerca imprudente
Para molestar?

Y así continuaban cantando varias estrofas, con terquedad las de afuera y con marcado egoísmo las de adentro, hasta que conmovidas éstas con los últimos conceptos de las que demandaban asilo, aquellas se resolvían á abrir las puertas, diciendo:

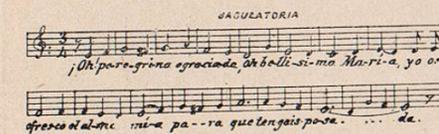
Entrad, pues, ¡oh esposos!
Castos é inocentes,
Cultos reverentes
Venid á aceptar.

Momentos eran éstos en que el alborozo llegaba á su mayor expansión, en que la muchachería al oír cantar

Abranse las puertas,
Rómpanse los velos,
Que viene á posar
El Rey de los cielos

metían más ruido que un tren expreso, con su algarabía y continuados gorgoritos de sus flautillas de carrizo y pitos de hojadelata.

Pasados algunos instantes y colocado el Misterio sobre una mesa, poníanse todos de rodillas y empezaba el rezo por el acto de contrición al que seguía la oración de la jornada correspondiente al día, y terminaba con siete Ave Marías, cantándose al terminar cada una de ellas la siguiente:



Terminado el rezo, renacía el bullicio general, confundiéndose las alegres pláticas de las jóvenes con la algarabía de los chicuelos que no cesaban de gorgoritear con sus flautillas de carrizo. Retirábase la servidumbre á menos que hubiese Piñata, pues en tal caso procedíase por todos á la diversión de romper la olla, como aún hoy se acostumbra.

Instalada la concurrencia en la sala, presentábanse, á poco, dos ó más criadas, muy

peripuestas y peinadas con gracia, recogidas sus trenzas con listones de seda, sosteniendo con ambas manos grandes bandejas con juguetes y colación que señoritas y niños de la casa, distribuían ordenadamente á todos los concurrentes, terminado lo cual empezaba el baile.

En las Jornadas de primera clase, ó sean aquellas en que reinaba la devoción, se rezaba y cantaba, había procesión y cohetes durante la letanía, sin que nadie en tales momentos distrajerse su atención del objeto religioso; se pedía y daba la posada con las mismas manifestaciones de alegría; guardábanse con veneración los Santos Peregrinos; se rompía la olla, se repartía la colación con los juguetes, los ni-



POSADAS CALLEJERAS.

ños se iban á acostar, y las visitas permanecían en la sala agradablemente conversando, y á poco se retiraban á sus casas. Las Jornadas de esta clase eran, por tanto, muy escasas.

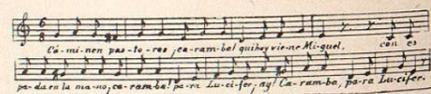
Las de pura diversión ó de tercera clase, se revelaban por la manera con que eran tratados los Santos Peregrinos que sólo habían servido de pretexto para aquella. Los portadores de las andas, terminado el acto religioso, precipitadamente cargaban con ellas para relegarlas á una pieza recóndita de la casa. Basta saber que cierta ocasión advertí la prisa que se daban los que querían anticipar el baile, para llevar el *Misterio* á su escondite, tanto que á poco ví en el rincón de una pieza de último orden, sobre mesa destartalada y confun-

didados con la lama, al Patriarca y á la Virgen acostados, desaparecido el Angel, y la mulita patas arriba.

En las casas de vecindad, particularmente en los barrios, se efectuaban las Posadas conforme al mismo ceremonial, con la diferencia de que, siendo toda gente de trabajo, se acostaban temprano y los bailes eran escasos.

Costumbre que ha desaparecido ya, es la de los muchachos que andaban cantando por las calles y pidiendo posada en diferentes casas de comercio. Veíanseles de dos en dos por distintos rumbos de la ciudad, conduciendo en una tabla compuesta con la consabida lama, con algunos cadejos de heno y con sus fa-

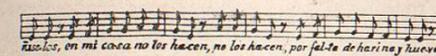
rolitos de papel ó guardabrisas, en los que ardían velitas de sebo, á los Santos Peregrinos, al Angel y á la mulita. En el trayecto de una á otra calle y de una á otra estación, oíanseles cantar á toda voz.



La palabrota ¡Caramba! dicha con tanta insistencia, valía un Potosí. Con esa interjección los muchachos azuzaban á los flojonazos pastores para que se movieran y echaran á andar, y no con pasos de tortuga. ¡Cuántas veces hay que lanzar en México esa inte-

cción, con toda energía, para que los negocios caminen y no duerman!

Deteníanse los muchachos frente á los tendajones y otras pequeñas casas de comercio, y se ponían á entonar distintas canciones con diversas estrofas, como las siguientes:



Muchas veces las estrofas eran inconvenientes por su color algo subido. Los muchachos recibían un *tlaco*, moneda ínfima de aquellos tiempos, algunas piezas de fruta ó dulces ó bien juguetes y se retiraban, dirigiéndose á otro lugar de comercio, volviendo á cantar:

Ca—minenpas—tores, ¡Caramba!
Quiái—viene—Miguel,
Conlaes—pada—enla—mano, ¡Caramba!
Para lu—cifer, ¡Ay Ca—ramba!
Para lu—cifer.

LOS NACIMIENTOS.

En la última noche de Posadas, ó sea la del 24 de Diciembre, el ceremonial tenía y aún tiene dos variantes esenciales: la acostada del Niño y la sustitución de los regalos ó aguinaldos por la cena que generalmente tocaba dar á los dueños de la casa en que se había efectuado el ejercicio de las jornadas. Para lo primero se tenía prevenido el *Nacimiento* ó representación, en miniatura de los alrededores del portal de Belén. En dicha representación panorámica imperaban los anacronismos y falta de propiedad. El portal, unas veces en completa ruina y otras flamante, resguardaba de la intemperie al *Sagrado Misterio*. San José y la Virgen arrodillados á uno y otro lado del Niño Dios, acostado en su cuna de paja ó pesebre; al frente y también en situación simétrica, echados el buey y la mula; después seguían los tres reyes magos, primero el que

daban en creer que era español, después el rey indio y á lo último el negro; en la clave del portal estaba suspendido un ángel que en sus manos sostenía el letrero: *gloria in excelsis deo*, y por último, sobre el portal, brillaba en el cielo, un cometa de extaño, representación del que guió los pasos de los Santos Reyes hacia el lugar en que nacía el Redentor del Mundo.

Los pastores y pastoras que se aprestaban á tributar su adoración al Niño, y cuyos trajes han de haber servido de modelo para vestir á los aldeanos que figuraban en la ópera de Bellini, la *Somnámula*, ascendían por la colina formada de piedras de mina, con cristalizaciones brillantes de cuarzo, spato calizo y spato

fluor, cubiertos los intersticios que dejaban entre sí, con lama y flores. Nada hay que decir respecto de estos caprichos pues no había de adornarse el Nacimiento con basaltos del Pedregal de San Angel; pero lo que no acepto es que tanto la botánica como la zoolo-gía estuviesen en contradicción con la teoría de los naturalistas; plantas de opuestos climas y animales de todas las regiones del globo se hallaban allí representados. Observábase á la vez una vegetación vigorosa y primaveral y cadejos de escarchas y mazas de nieve, símbolos del crudo invierno, representados por trozos de sulfato de cal hidratado. Por aquí se veía una casita al lado de un pastor ó de un borrego que no cabían por las puertas; por allí, fuentecillas que echaban agua como en los modernos jardines, estanques cristalinos, hechos con pedazos de espejo, sin faltar en ellos garzas, patos y peces, detalles con que no se engalanó aquel lugar de Palestina. Algunos Nacimientos hubo notables, aunque no totalmente exentos de inpropiedades: el del Obispo Madrid en su casa de la calle de Chavarría y el de movimiento, del corredor Camargo en la del Empedradillo. Yo tan sólo recuerdo las hermosas figuras del *Misterio*, esculturas guatemaltecas, y las de los pastores hechas de cera, debidas á excelentes artífices mexicanos, cuyos renombrados artefactos eran, en aquellos tiempos, objetos de exportación.

Después del rezo de la novena Jornada, todos se dirigían al *Nacimiento* para acostar al Niño Dios, entonándose en su honor la can-

ción del *rorro*, acompañada de una música alegre y festejosa.

He tratado de hacer la descripción de las Jornadas con todos sus detalles, á pesar de ser muchos de éstos conocidos, por que deseo dejar consignadas costumbres que van caminando á su completa desaparición, costumbres que, por frívolas que parezcan, daban solaz y contento á una generación que no conocía el marasmo que se ha apoderado de la presente, en lo que atañe á sus actos sociales.

La cena no podía servirse antes de las doce de la noche, hora en que terminaba el día de la abstinencia y seguía aquel en que ya se podía comer carne y pescado. Todo cuanto apetecieras, carísimo lector, te sería concedido de los dueños de la casa, menos promiscuar, razón por la cual causaba impaciencia la lenta marcha del reloj.

MISAS DE AGUINALDO Y DE GALLO.

Otros actos característicos de las fiestas de Navidad eran las misas de Aguinaldo y la llamada de Gallo, que se celebraban y aún se celebran, las primeras por la mañana durante el novenario, y la segunda á las doce de la noche del día 24. Dichosamente las primeras no tienen hoy el carácter que antiguamente las distinguía, y digo dichosamente por que, tanto la augusta ceremonia, como el sagrado templo recibían graves ultrajes, que no debe tolerar una sociedad civilizada como la nuestra. Tales ultrajes consistían en la ridícula música de las murgas y en los versos que se cantaban, traspasando muchas veces, los límites de la decencia. Si estas misas con el expresado carácter se celebran aún en algunos lugares de la República, no lo sé, mas lo que, por desgracia puedo asegurar es que las misas de Gallo, todavía más inconvenientes, existen. Poco tiempo hace que concurrí en Veracruz á una misa de ese carácter, que se celebró en el Templo de la Pastora, y allí no pudieron menos que excitar mi indignación las escenas que presencié. En tanto que el sacerdote decía la misa, estando patente el Santísimo Sacramento, volvíase loca en el coro una música extravagante, con los aires *cancanescos*, lo que dió lugar para que unos extranjeros se burlasen allí de la ceremonia y de la sociedad. Entiendan los

encargados de algunos templos, que toleran tales desmanes, que no se adora á Dios con encerradas, ni la alegría requiere para su expansión escenas como las que justamente son objeto de mi crítica.

La noche de Navidad en México, triste es decirlo, es noche de profanación y de desórdenes á que se entrega una parte del pueblo. De profanación, por su comportamiento poco digno durante la misa y desórdenes por los excesos á que se entrega durante toda la noche que anda *corriendo el Gallo*.

LAS PASTORELAS.

Los teatros daban funciones alusivas á la solemnidad del nacimiento de Jesús, y entre ellas las más populares eran las pastorelas, cuyo fin y carácter revelo en la siguiente descripción.

La Pastorela da principio con un famoso Conciliábulo. Al alzarse el telón aparece en uno de los antros del infierno Luzbel, cuyo vestido es como sigue: camiseta y calzón de malla color de carne, con zapatilla negra bordada de lentejuela; tonelete de mangas perdidas, con forro rojo y adornado de cintas del mismo color y brichos de oro, y ceñida la cabeza con corona de laurel. Preséntase triste y apenado por la próxima venida al mundo del Mesías, y medita para vengarse en los medios que ha de poner en juego á fin de perder al hombre, oponiéndose al decreto divino de su redención. Los improperios salen de su boca, y para llevar á cabo sus designios, con acento iracundo llama al Pecado, furia infernal que ha de prestarle eficaz ayuda. Este diablo sale por escotillón, diciendo con toda arrogancia: —¿Quién me llama?— y respóndele Luzbel: —Tu príncipe y señor. En seguida disponen su plan de operaciones, mas como para realizarla, engañando al hombre, necesitan de la Astucia, demonio de tonelete y corona como los otros, sale al llamado de Luzbel, de entre los bastidores que figuran con el telón de fondo las lóbregas cavernas del infierno, haciendo igual pregunta que el Pecado y recibiendo idéntica respuesta. Animado Luzbel por las exhortaciones y baladronadas de sus compañeros, se enfurece y amenaza al cielo, haciéndole aquéllos coro. Cuando la exaltación está

en toda su fuerza, gran cantidad de cohetes chisperos, encendidos entre las bambalinas, arrojan una copiosa y persistente lluvia de fuego; los diablos van y vienen levantando los brazos y lanzando sus amenazas con voz iracunda, como quienes van á comerse al mundo, hasta que ya fatigados, agotada la pólvora y terminada á tiempo la perorata, cae el telón dando fin el Conciliábulo, cuyas infernales escenas, para mayor persuasión, dejan apestando á azufre todo el recinto del teatro.

A esta furiosa tempestad de fingidas pasiones y del arte pirotécnico, síguese en los demás actos el desarrollo de la pastorela, cuyos caracteres principales son: la calmada sencillez de los pastores, vestidos á la usanza de los Elvinos y Nemorinos de las Operas; las desavenencias y riñas domésticas de Bato y Gila; las sandeces de Bato y Bras, tan perseguidos por la saña de Luzbel; la aparición del arcángel San Gabriel á los pastores para anunciarles el nacimiento del Mesías, en los momentos en que, sentados en rueda, platican y cenan á mandíbulas batientes, y la gran contienda sostenida por los tres arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael contra Luzbel, El Pecado y la Astucia. Después de muchos dimes y diretes, los batalladores, ya en el colmo de la exaltación, acaban por desnudar las espadas y empieza la lid, mas no en silencio, sino acompañando á los golpes de los aceros las fanfarronadas propias de los valientes callejeros, excepción hecha de las palabras mal sonante, hasta que al escucharse el grito de Miguel: —¿Quién como Dios, bestia fiera? caen desplomados los tres diablos á los pies, respectivamente, de los ángeles sus vencedores. Aquellos, humillados, desaparecen al fin por escotillones, á tiempo que la música y el canto de los pastores, que se escuchan á lo lejos, celebran el triunfo alcanzado contra el infierno. Libres ya los pastores de las asechanzas del demonio se dirigen al portal de Belén para decir requiebros y ofrecer sus dones al recién nacido.

Yo también, de niño, fuí actor en uno de esos coloquios, pues era costumbre que las familias los representaran en teatros caseros y algunas veces en teatrillos alquilados. Una tía lejana que en una pastorela desempeñaba el papel de Ardelia, me tomó por su cuenta: pú-

some un lujoso vestido de respingo, medias de seda y sandalias de raso con sus ligas correspondientes; ajustóme unas alas de hojadelata, sobre las que caía recogido un manto de seda verde y sobre mi rizado pelo colocó una diadema adornada de piedras, al parecer preciosas, la que terminaba con una airosa pluma, también verde; y de esta manera en un abrir y cerrar de ojos me convirtió en el arcángel Gabriel. Ensayado bien mi papel que no era otro que el de anunciar á los pastores la buena nueva y el de dar mandobles á diestra y á siniestra y tener por algún tiempo humillado bajo un pie al demonio de la Astucia, dí con todos los de la comparsa en el teatrillo conocido con el prosaico nombre del *Pambazo*, hoy casas y baños de Murguía, calle del Puente Quebrado. Figúrate, caro lector, mis apuros al actuar ante un público escogido, como que era de invitación, en el momento en que asentando mi pie izquierdo en el tablado y hollando con el derecho el cuerpo hercúleo de la Astucia, á la vez que tenía que tomar la actitud del vencedor, sosteniendo en alto la espada triunfadora. Las contorsiones de aquel diablo blasfemo, cegado por la cólera, no me permitían guardar el cuerpo en equilibrio y poco faltó para que viniese á tierra mi celestial persona; sin embargo, mantúveme firme á costa de mil esfuerzos.

Tales eran las famosas pastorelas que, si no han desaparecido, del todo, de nuestros hábitos, han perdido mucho de su antiguo carácter.

También era costumbre de los teatros en aquellos tiempos, poner en escena, en tiempo de Navidad, la pieza titulada: *El mayor contrario amigo, ó el Diablo Predicador*, cuyo protagonista, el lego, *Fray Antolín*, era caracterizado, unas veces por la festiva *María Cañete* que vino á México siendo casi una niña, y otras por Antonio Castro, ambos de muchísimo gracejo.

Cuando sea tiempo y haya *Posadas caseritas*, cuidaré, amable lector de llevarte á ellas.

DIAS DE LOS INOCENTES, AÑO NUEVO Y REYES.

Dejemos, carísimo lector, á los concurrentes á las Posadas, de que te hablé en mi artí-